



## Gonzalo de Berceo

Por AZORIN

SE han celebrado recientemente unas simpáticas fiestas literarias en honor de Berceo. Gonzalo de Berceo es un poeta de nuestros días. No creáis a quien os diga que Gonzalo de Berceo nació a fines del siglo XII y escribió a principios del siglo XIII; eso son ficciones de eruditos. Se presta a esa ficción Berceo, por haber tenido el capricho de escribir en fabla antigua; otros poetas de este tiempo escriben en parla que nadie entiende; no dejan por eso de ser buenos poetas. El pueblo nativo del poeta fue Berceo. Berceo es un pueblecito de la Rioja, en el partido judicial de Nájera. La Rioja es una de las más bellas regiones naturales de España. España es, en Europa, en el mundo, el país que cuenta con más diversas y pintorescas regiones naturales. Entre las plácidas y feraces, cual la Rioja, están el Bierzo, la Bureba, con su capital briviesca; la Vera, en Cáceres; la Hoya de Castalla, en Alicante; la Alcarria, la Plana de Castellón. La Rioja es una tierra alegre y fecunda. Figuráos, en un pueblecito, en Berceo, una calleja con casas blancas, enjalbegadas de nítida cal. Y en una de esas casas, un cuartito también con las paredes albas. Ha nacido en este aposento el poeta. No podemos decir si esas cuatro paredes son de ahora o de antaño, del siglo XX o del siglo XII. No hay en esos muros nada que indique tiempo ni que marque espacio. Y no habrá tampoco en las cuatro paredes de un monasterio que nos pueda dar indicio de si estamos en la centuria actual o en la Edad Media. Gonzalo de Berceo ha tenido una infancia tranquila y apacible. No le ha sucedido nada que pueda contarse. Desde primera hora, sus ojos han contemplado un paisaje risueño y verde. Desde el primer albor de su vivir, el espíritu, la sensibilidad toda, el juicio, han marcado serenidad y equilibrio que el poeta ha de dejar

señalados en sus versos de modo vigoroso y expresivo. Y con la serenidad y el equilibrio, un sentir humano y piadoso de la vida, que es lo que, ante todo, le hace ser contemporáneo nuestro. Siendo joven sintió nacer inclinación por la Iglesia, y fue clérigo. Conocía Gonzalo a unos monjes que vivían en la comarca. Los admiraba y los quería; pero él no abrazó la rigurosa observancia de la vida monástica. Se contentó con ser un clérigo adscrito al monasterio. Y como un monje, sin serlo, sin las estrechas obligaciones del monje, vivía en el monasterio el poeta.

Y aquí, en el monasterio, tenía su celdita. No era distinta la celda monástica de lo que fue el aposento en que naciera. Cuatro muros blancos, una mesa de pino sin pintar y dos escabeles también de pino: eso era todo. Una ventana daba al campo. No necesita más el poeta. Y esto es lo que todo poeta debe pedir. Y sin esto, creedlo, poetas, no hay verdadera poesía. No la hay sin la sencillez, sin el silencio y sin la soledad que nos hace recogerlos sobre nosotros mismos. Y si antes no podíamos decir si estábamos en el siglo XIII o en el XX, ahora en esta celda, no podemos decirlo tampoco. Muros blancos como éstos los hay en todos los siglos; una mesa de pino y dos escabeles son cosas que se hallan fuera del tiempo. Y si nos asomamos a la ventana veremos el mismo paisaje que vería Berceo. Lo vemos hoy como lo hubiéramos visto en 1233. La campiña se extiende riente, pintoresca. Hay herreriales verdes. Se yergue un macizo de álamos de trecho en trecho. Cierra el horizonte la pincelada suave de una montaña. ¿Es todo esto real o es una miniatura de la Edad Media? El cielo está azul y el silencio es profundo. En esta soledad, y rodeado de este silencio, escribe en su celda Gonzalo de Berceo. Lo que escribe es cosa de una viva actualidad. En su "Vida de Santo Domingo de Silos" ha expuesto el poeta lo que hoy llamaríamos su ideal. No lo hay ni más moderno ni más humano. Lo que él dice es cosa que, como las blancas paredes, no reconoce límites en el tiempo. Perdonadle su manía de escribir en anticuado lenguaje. No tendremos que explicar, al citar, sino alguna voz. Todo lo demás lo comprenderéis fácilmente. En los versos que van, en la citada obra, del 464 al 475, es donde Berceo nos muestra su ideal. No tengáis odios ni seáis rencorosos —nos dice—. No tengáis supersticiones ni creáis en agüeros. No os disipéis en amores ilícitos y efímeros. Que los hijos no desaparen a sus padres en la vejez. La limosna es cosa que no debéis olvidar nunca. La caridad es lo primero de todo. Y seguramente que Berceo, tan limosnero, no pone reservas en sus caridades. Socorrerá al pobre, sea de donde fuere. Amparará al necesitado de justicia, sea el necesitado de justicia de Nájera o de Pradoluengo, de Ezcaray o de Torrecilla; sea, con relación a la sierra de la demanda, cismontano u ultramontano. No le preguntará a un necesitado de justicia si es rico o pobre. Estas restricciones las hemos inventado nosotros ahora. Tenemos ahora nosotros menos ensanches generosos que en la Edad Media. No seamos parcos en nuestras caridades. Lo que demos a un pobre, siempre tendremos

seguridad de cobrarlo. Lo cobraremos siempre, porque, independientemente de otros cobros no terrenales, cuando la desgracia o la insania de los hombres nos abatan, nosotros, puesta la mano en el corazón, podremos decir: "He remediado al pobre, he sido caritativo". Y ése será nuestro consuelo y nuestra confortación para poder seguir la lucha.

Hoy nos sentimos atraídos con viva y cordial simpatía, entre todos los pobres, por los pobres que no quieren decir que lo son, por los pobres que, en silencio, sufren su pobreza, por los pobres de la clase media. Y esos pobres abnegados y sufridos son precisamente los que recomendamos a nuestra caridad el poeta.

No piden de puerta en puerta, ni van por andurriales, cual los peregrinos, esos pobres; están retirados en sus casas, "encorvados, cual torcidos clavos, hambrientos", sin publicar su angustia. A sus casas hay que ir a buscarlos y con cuidado, con amor, tal como aconseja la admirable Concepción Arenal, socorrerlos. Tened en cuenta que en el mundo no hay desigualdades naturales. Todos somos hermanos. Y es un hermano nuestro este pobre que, en su cuarto, mísero y desamparado, se ofrece a nuestra piedad. Gonzalo de Berceo lo ha dicho, y nosotros no podríamos decirlo mejor. Esa ley de generosa y amplia humanidad es el poeta del siglo XIII, quien la ha expresado tan bien como un poeta del siglo XX.

Un amor profundo anima a Berceo; amor, tanto por las criaturas como por las cosas. Familiar con el campo y con las cosas del campo, Gonzalo de Berceo tiene —signo supremo de artista— el sentido de lo concreto. Así las cosas, en este ambiente de espiritualismo y amor, adquieren, al ser nombradas por él, al tomarlas como comparanzas, una expresión que las transfigura. Y transfigurado está el vaso de buen vino, y la nuez foradada o vana, y las chirivías, y el pan. Para el pan tiene supremo fervor Gonzalo de Berceo; el apelativo más adorable, más afectuoso, que el poeta Berceo da a la Reina de los Cielos —y aquí está todo el poeta sintetizado— es el de "Madre del pan de trigo".

En 1805 en sus "Principios de Retórica", que en varias ediciones sirvieron de enseñanza a la juventud, D. Francisco Sánchez Barbero preguntaba: "¿Quién tendrá sufrimiento para leer la vida de Santo Domingo de Silos escrita por Berceo?" Que conteste el lector.

(De "La Libertad".—Madrid).

## La Provisión de Cátedras

Por ROBERTO AGRAMONTE

LA salida de la crisis universitaria comprende dos etapas que se complementan: la consecución de la normalidad y la superación de las condiciones de la normalidad misma. Si nos conformásemos con alcanzar la mera normalidad, quedaríamos en

una fase de estancamiento. Precisa reconstruir la Universidad sobre nuevas bases. Estamos en el camino de lo primero. La reintegración de la autonomía plena, es decir, el reconocimiento de la Universidad como personalidad moral libre para regir sus propios destinos, la derogación del "status" creado por el Decreto Ley 585, y la satisfacción de las tres peticiones del *estamento* estudiantil, constituyen el tríptico de la normalidad.

Superar las condiciones de la normalidad comporta que la Universidad se entregue a la realización de sus propios fines: docencia eficaz, investigación y extensión universitaria. El primer objetivo supone una nueva clasificación del profesorado en titulares, auxiliares, ayudantes, instructores (personal facultativo propiamente dicho), y profesores extraordinarios. Estos últimos deben ser maestros de reconocido prestigio intelectual, nacionales o extranjeros contratados liberamente por la Universidad, para explicar cursos libres de materias especializadas.

El segundo paso consiste en reglamentar el sistema de provisión de cátedras. Las cátedras no deben ocuparse de un modo vitalicio, sino por cierto tiempo. La permanencia en la cátedra debe supeditarse a la eficiencia y al rendimiento. La cátedra se gana con el continuo esfuerzo. La opinión pública científica es el barómetro que indica el rendimiento positivo o negativo del profesor. Corolario de esto es la inadmisibilidad de la enmienda sugerida en el proyecto de Ley de Educación, consistente en que los actuales interinos usufructúen el derecho a la cátedra durante tres años. Esta inamovilidad constituye un privilegio en favor de aquellos que no parecen estar preparados para las pruebas de capacidad que de inmediato se exijan, y en perjuicio de aquellos que lo están. Quien no haya tenido tiempo ni oportunidad para prepararse durante casi cinco años de vacaciones forzosas, menos lo tendrá ahora.

El sistema de provisión de cátedra debe ser mixto. Ha de ensayarse un sistema en que se seleccionen las excelencias de todos los existentes. Claro está que de nada valen los sistemas si los hombres que los ponen en práctica son proclives al fraude y a la injusticia. Recuérdese a Tomás Moro: "Nada será bueno ni perfecto, mientras los hombres no sean buenos y perfectos". La historia de muchas de nuestras oposiciones demuestran esto. Igual puede decirse del concurso. Un candidato puede presentar un alud de obras, de medallas y de diplomas, y ser ineficaz para ocupar una cátedra. Francisco Brentano, el gran filósofo alemán, publicó un mero librito que produjo un cambio total en la ideología filosófica del mundo. Fue el creador de la filosofía de los valores. Su obra siguió un destino tácito y subrepticio. Los hombres que más han influido en el pensamiento europeo actual—Husserl, Stumpf, Meiong y Ehrenfelds—fueron sus discípulos. La filosofía actual, del tipo más riguroso, procede de Brentano. Su producción fue, en cambio, precaria.

Por eso el enjuiciamiento de un aspirante a cátedra no es cosa de suyo sencilla. Toda esa clasificación de "tantos puntos" por títulos y "tantos puntos" por folletos es sencillamente pueril, pues la valoración de una capacidad no puede ser redu-